

VOCINGLERO QUINCENAL

Las exequias fúnebres de un año

Ha fallecido, —víctima de un atentado sindicalista— el robusto niño que hace un año nació boyante, prometiendo con sus primeros balbuceos acabar la guerra europea y traer el ramo de oliva y la simbólica paloma de la paz, a los afligidos hogares de toda Europa.

Buena oliva nos dé Dios. Aun pudiéramos perdonar al año ido, sus fastidiosos días de sobresaltos, si no supiéramos que su heredero viene también herido de muerte. Claro que no ha faltado en estos días alegría, derroche de buen humor y de pesetas, lo cual viene a demostrar, —en contra de lo que piensen todos los seducidos varones del orbe— que la alegría es un artículo de primera necesidad, y que de faltarnos ésta se acabaría el mundo que hubiera resistido todos los desmanes de acaparadores, obreros y gobiernos.

Sobresaltados como estábamos con el curso de estos días pasados llenos de miserias y rencores, había algunos que habíamos adoptado un aire grave y trascendental para despedir al año, y habíamos declarado guerra a muerte al mazapán y a los pavos.

—¡Infeliz! decíamos a un honrado ciudadano que olvidándolo todo atronaba los aires con el zumbido de una descomunal zambomba. —¿Te parece justo regodearte de esta manera cuando a estas horas el luto pesa sobre tantos hombres y el vacío sobre tantos estómagos?..

Y el ciudadano de la zambomba mirándonos compasivo, había suspendido un momento su monorrítmico son, y con voz zalamera en que se conocían las cariñosas inflexiones del alcohol nos había dicho:

—Te convido a una copa y a la misa del Gallo de San Pedro... ¿Aceptas?..

—¡Horror!—murmuramos nosotros alejándonos del alegre nocharniago—Y pensar que este infeliz, este inconsciente, se está jugando en este momento, una cosa tan amable como la vida...

Y en este soliloquio nos interrumpimos. Indudablemente la vida es amable, pero ¿cual? ¿la nuestra?.. De seguro que no, porque sobre nosotros pesa la preocupación de lo que ha de ser como si ya lo fuera, y si la muerte viene, mientras a nosotros nos pillaba con muchas horas de agonía, al feliz ciudadano de la zambomba lo sorprendería meneando el cañillote y con un villancico en los labios.

Y decidimos de este momento adquirir una zambomba y reconciliarnos con el mazapán y los simpáticos pavos.

Quedamos pues en que la alegría salvará al mundo mucho mejor que el programa de D. Melquiades, y que si no fuera por ella a estas horas no quedaban del universo ni los rabos.

No está mal una sana preocupación por el porvenir, pero eso de ver todo del color del hollín es la mayor desgracia que puede afligir a los hombres. Debemos tener confianza en los días que nos esperan y no dejar que a ningún amigo se le avinagre el gesto por un quitame allá un *Pestaña* o un véngame acá un *Noy del Sucre*. Nada de tristezas. Debemos mimar a este año recién nacido para que no nos moleste de mayor; debemos cantarle la *nana* y el *duérmete niño mío*, porque como se despierte y empiece a berrear, nos vá a dar más disgustos que su antecesor calamitoso.

Con ánimo sin duda de festejarle convenientemente,

han tomado el olivo Pestaña y Seguí, y han desaparecido de Barcelona sin que nadie encuentre su paradero. No estarán perdidos ciertamente. Si se les buscase por París, seguramente se les encontraría al lado de los milloncetes, que según rumores, han cuidado de asegurar a su nombre en el Banco de Francia.

Y ya que de sindicalistas hablamos, ¿han leído ustedes por un casual el manifiesto que dirigen a la nación? Los angelitos piden poco: *Supresión de los jueces, supresión del ejército, supresión de las fronteras*. Parece que tienen la manía de la supresión. Hay una cosa que no suprimen sin duda porque ya nacieron sin ella y es la vergüenza. Así lo demuestran al menos sus jefes, huyendo en el momento de más peligro, y escondiendo la cabeza cuando los gobiernos hartos de sus crímenes intentan capturarlos.

Porque lo que está pasando en Barcelona, es verdaderamente monstruoso, es el crimen organizado y el asesinato vulgar disfrazado de lucha social.

Dando como buenas esas aspiraciones del sindicalismo reseñadas más arriba, los secuaces de la idea debían lanzarse al triunfo de sus sueños por el camino de la revolución y no por el de la matanza individual de patronos y algún que otro asesinato de guardias civiles. Debían hacerse dueños de la población, vencer al ejército español que defienden sus instituciones, y hacer un ensayo de república sindicalista en Cataluña para ver que tal les iba.

Nosotros les regalaríamos unos cuantos presidentes si no encuentran al Pestaña, que les gobernarían como los mismos angeles y la Casa del Pueblo de Madrid, se vería libre de la tiranía de unos cuantos reyezuelos que no dejan vivir ni a los obreros ni a nosotros mismos. De esta manera todos saldríamos ganando.

No olviden los sindicalistas este consejo. Matarían dos pájaros de un tiro, porque supongo que el catalanismo, atizando zizaña bajo cuerda, no sería uno de los más despreciables factores que intervengan en la situación actual de Barcelona. Cataluña sería libre y además república soviética, mientras el resto de España procuraría emprender un saneamiento social que a todos, pobres y ricos, nos está haciendo muchísima falta.

Otras veces, la moda inglesa política avasallaba nuestros viveros de hombres de gobierno, y cuando se quería encumbrar a un estadista, nuestros abuelos decían de él que se había educado en Inglaterra y que conocía perfectamente, hasta el punto de tutearse con ellos, a todos los políticos ingleses. De allí trajimos a Mendizábal como si hubiéramos traído un encarguito, sus procedimientos políticos eran ingleses, su levita del más puro corte inglés; lo único que no era inglés en él eran sus patillas. De todas maneras era un hombre eminentemente decorativo.

Hoy el modelo ha cambiado. Los representantes de las izquierdas españolas han mudado de figurín y de la brumosa Albión nos hemos trasladado a la Rusia helada de las leyendas zaristas y la revolución bolchevique.

Hoy cuando se encumbra a un hombre de gobierno, se le debe decir que ha estrechado la mano de Trotsky y Lenine. Y bajo este punto de vista nuestros mejores estadistas serán Pestaña, el *Noy del Sucre* y en Ciudad Real el insigne Agapito de los bigotes carbonarios.

FRANCISCO COLÁS.